



CLAUSTRO PLENO ORDINARIO 2025

1 9 2 8 - 2 0 2 8

PONENCIA

Ricardo Iglesias

Director Instituto de Historia

“Historia y Humanidades: Una defensa contra la inmediatez. Ceñido”

Hace más de cinco mil años, en el Medio Oriente surgió la revolución neolítica, uno de los mayores cambios de la humanidad. Irónicamente, esa misma región sigue hoy estremeciendo nuestras conciencias.

Desde hace más de cinco décadas, el Instituto de Historia cultiva una mirada humanista del pasado, comprometida con el pensamiento crítico, la sensibilidad ética y la comprensión del ser humano.

Estudiamos acontecimientos y procesos, sabiendo que hoy los medios no solo relatan los hechos, sino que los moldean para el consumo inmediato, muchas veces reduciendo su profundidad histórica a espectáculo. En un contexto de inmediatez y desinformación, la historia es clave para comprender el presente, cuidar la democracia y preservar la memoria. Defenderla es un deber ético y político.

Desde sus orígenes, la historia ha sido una forma de interrogarnos sobre quiénes somos. Como señala Marc Bloch, “la incompreensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado”. El estudio histórico permite establecer vínculos entre el pasado y el presente, identificar procesos de largo alcance y desnaturalizar fenómenos que muchas veces se presentan como inevitables o ‘dados’. En palabras de Jorge Luis Borges, “el pasado no es un depósito inerte: es una dimensión de la realidad que se modifica y se multiplica con cada mirada”.



CLAUSTRO PLENO ORDINARIO 2025

Defender la historia es esencial porque permite entender el presente. Todo fenómeno actual tiene raíces en el pasado, y como decía Hobsbawm, el historiador recuerda lo que otros prefieren olvidar. No se puede olvidar, tensiones territoriales, conflictos identitarios, desigualdades estructurales o crisis institucionales.

La historia forma el pensamiento (...) al revisar constantemente el pasado. En tiempos de simplificación y manipulación, su mirada renovada es más necesaria que nunca. Como dice Don Quijote, “el que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho”; una máxima que ojalá se nos permitiese. MTF

El estudio de la historia permite comprender los debates fundacionales que forjaron nuestras instituciones. En Chile, la disputa entre Bello y Lastarria ilustra visiones opuestas: mientras el primero veía la historia como base del orden republicano, el segundo la entendía como instrumento de transformación crítica. Este contraste muestra que la historia nunca es neutra; su interpretación responde a proyectos culturales y políticos en tensión. Comprender estas diferencias es clave para formar una conciencia histórica crítica y propositiva.

La controversia entre Andrés Bello y Jacinto Chacón a mediados del siglo XIX revela visiones opuestas sobre la enseñanza de la historia. Bello defendía un enfoque formativo y conservador, centrado en el

Estado y la continuidad institucional, mientras Chacón proponía una historia crítica, orientada a formar ciudadanos libres y conscientes. Este debate refleja la tensión entre tradición y modernidad, y evidencia que la enseñanza de la historia ha sido clave en la construcción de los proyectos de nación.

La historia es clave para la memoria y la justicia, especialmente en contextos marcados por dictaduras o violencias. Como decía Le Goff, es una memoria organizada contra el olvido. A su vez, permite construir identidades colectivas abiertas, al incluir voces marginadas y cuestionar el poder, tal como afirmó Michel-Rolph Trouillot: “la historia es siempre historia del poder”. La historia fortalece la ciudadanía al formar sujetos críticos, capaces de ejercer sus derechos y cuestionar el poder.



CLAUSTRO PLENO ORDINARIO 2025

Frente al contexto actual, en que los estudios históricos son cuestionados por su supuesta “falta de productividad”, se vuelve urgente reivindicar su valor social y cultural. Como advirtió Edward H. Carr, “la historia es un proceso continuo de interacción entre el historiador y sus hechos, un diálogo sin fin entre el presente y el pasado”.

En un contexto marcado por desafíos globales —como el cambio climático, las migraciones, el auge del autoritarismo o la crisis de los relatos nacionales—, la historia ofrece herramientas para pensar en múltiples escalas y comparar experiencias. No se trata de evadir los problemas del presente, sino de abordarlos con profundidad, comprendiendo, como decía Cervantes, que “las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres”; porque los pueblos que conocen su pasado también pueden orientar su futuro.

Incluso desde la literatura infantil, la historia se presenta como un espacio de exploración personal y curiosidad crítica. En *Papelucho historiador*, Marcela Paz retrata a un niño que intenta comprender la historia nacional desde una mirada espontánea, llena de preguntas e imaginación. A través de su diario, evidencia la distancia entre los discursos oficiales y las inquietudes de los más jóvenes, mostrando que la historia también puede ser juego, reflexión y apropiación del pasado. Este enfoque lúdico y creativo demuestra que la historia no es patrimonio exclusivo de los académicos, sino una experiencia viva que puede inspirar a todas las edades. Con su estilo irreverente y observador, *Papelucho* nos recuerda que la historia comienza cuando alguien se pregunta por lo que pasó... y por lo que aún puede pasar.

Defender los estudios históricos es también defender el lugar de las humanidades. Junto con la filosofía, la literatura, las artes y las ciencias sociales, la historia busca comprender la experiencia humana en toda su complejidad. En una época dominada por una lógica utilitarista centrada en resultados, las humanidades ofrecen herramientas para reflexionar, imaginar futuros posibles y cultivar la sensibilidad ética. La historia no solo analiza hechos: interpreta significados, valora memorias y construye sentidos compartidos. Frente a la tecnocracia y la deshumanización de la educación, las humanidades —y especialmente la historia— nos recuerdan que el conocimiento debe ayudarnos a comprendernos mejor como sociedad y como especie.



CLAUSTRO PLENO ORDINARIO 2025

Defender los estudios históricos es defender una forma de mirar el mundo con profundidad, conciencia y responsabilidad. Es apostar por una ciudadanía crítica, una memoria activa y una cultura democrática que no renuncie a la complejidad del pasado. Lejos de ser una disciplina del ayer, la historia es una aliada imprescindible para construir un futuro más justo, informado y plural. En Funes el memorioso, Jorge

Luis Borges retrata a un personaje condenado a recordar cada detalle sin posibilidad de olvido. A pesar de su tono fantástico, el relato es una advertencia: la memoria sin interpretación es un laberinto estéril.

La historia, en cambio, selecciona, contextualiza y da sentido. No recordamos todo: recordamos lo que importa. Y en esa tarea, la historia es esencial para distinguir entre lo que debe ser preservado y lo que conviene cuestionar.

Entonces, cuáles son las amenazas para los estudios de la historia. Curiosidad son

1. Instrumentalización política del pasado. Gobiernos autoritarios o populistas intentan imponer relatos oficiales, usando la historia como herramienta de propaganda y control simbólico.

2. Reducción de las humanidades en la educación. Políticas educativas tecnocráticas relegan la historia en favor de áreas consideradas más “productivas”, debilitando su presencia en los planes de estudio.

3. Posverdad y desinformación. Las redes sociales y los algoritmos favorecen narrativas simplificadas o falsas sobre el pasado, distorsionando la comprensión histórica.

4. Negacionismos y revisionismos ideológicos. Otro fenómeno preocupante es la aparición de grupos negacionistas, que buscan reescribir la historia con fines ideológicos. Niegan dictaduras, minimizan la esclavitud o justifican regímenes autoritarios. Este revisionismo no es un debate académico, sino una estrategia de desinformación y control simbólico.



CLAUSTRO PLENO ORDINARIO 2025

5. La mercantilización del conocimiento. El mundo académico enfrenta hoy presiones que afectan particularmente a los estudios históricos. Se valora la investigación por su capacidad de generar indicadores cuantificables, más que por su impacto cultural, educativo o político. Sin embargo, la historia –como las humanidades en general– requiere tiempo, análisis y fuentes para desarrollarse. Nos ocupamos del tiempo, y necesitamos tiempo. Grandes obras literarias y científicas dan cuenta de ello:

Cervantes tardó 10 años en escribir *El Quijote*, Shakespeare necesitó 4 para *Romeo y Julieta*, Dante 14 para *La Divina Comedia*, Newton dedicó 17 años a su obra, Freud trabajó casi 50 en sus estudios, Kepler 25, y Marie Curie consagró décadas a sus descubrimientos. No tenemos certeza que seremos como ellos, pero queremos leerlos.

Frente a estas amenazas, defender los estudios históricos no es una tarea corporativa ni nostálgica. Es una defensa de la democracia, de la diversidad de memorias y del pensamiento. Hacer historia es mucho más que narrar hechos: es preguntarse por sus causas, sus consecuencias, sus actores y sus silencios. En un mundo donde el pasado se manipula con facilidad, el oficio del historiador y de las historiadoras se vuelve más urgente que nunca. La historia es memoria organizada, no silencio ni olvido. Organizados, hablamos y recordamos. Por eso estamos. Y por eso seguiremos estando.